ÉPOCA IV — BARCELONA 7 DE JUNIO DE 1916 — NÚMERO 304

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

La Emigración y la Guerra

Es indudable que la emigración de obreros de las naciones neutrales a los países beligerantes ha sido un mal, y hoy lo es mayormente, pues lejos de vislumbrarse el fin de esa guerra monstruosa, más bien todo hace creer que la conflagración se complique más.

En ningún momento durante los dos años de guerra, España ha estado tan en peligro de verse envuelta en ella; en ningún momento como ahora el pueblo español ha estado tan amenazado de que se le convierta, al igual o peor que los pueblos beligerantes, en una mezcla de bestia feroz y de manso cordero.

Nunca como ahora la nación portuguesa, convertida en verdadera colonia británica por los nefandos republicanos que la gobiernan, había estado tan en peligro de ser *embarcada* por el Gobierno inglés ejerciendo de capitán Araña europeo, y nunca como ahora Alejandro Lerroux, el capitán Araña español, se había manifestado con más cinismo y desvergüenza despreciando la vida y la dignidad de millones de trabajadores.

Ante este peligro, pues, es necesario que los trabajadores españoles no emigren y mucho menos aquellos que por sus anhelos de emancipación o por su concepción sociológica superior y sublime militan en las colectividades obreras sindicalistas y anarquistas.

Y los obreros revolucionarios no deben emigrar con mayor razón porque su presencia aquí es necesaria para evitar, con la acción revolucionaria que ellos sólo pueden provocar, el que los opresores del pueblo y los traidores agranden aún más las enormes proporciones del gran crimen europeo. Antes que la guerra la revolución.

Y aunque no hubiera este patente peligro, sería necesaria una campaña para evitar la emigración de brazos útiles a los países beligerantes.

Es innegable que la emigración que ha venido efectuándose y que aun se efectúa, ha dado facilidades a los Gobiernos beligerantes para prolongar la duración de la guerra. En efecto: esos Gobiernos movilizaron los hombres válidos de su respectiva nación. No quedaron para la continuación de la actividad agrícola, industrial y comercial más que los jovencitos, los ancianos, la pequeña cantidad de hombres declarados inútiles para el servicio de las armas y, en fin, la mano de obra femenina.

Tal es el caso de Francia, Bélgica, Alemania y Austria-Hungría.

En Francia, por ejemplo, desde el principio de la guerra los sindicatos patronales han hecho llamamientos a la mano de obra «extranjera». De este modo la ausencia del personal agrícola, industrial y comercial queda sustituída por esa mano de obra que es contratada en condiciones muy inferiores a las establecidas anteriormente.

La mano de obra escandinava ha sido solicitada por Alemania. Los obreros españoles son solicitados por Francia. He ahí un factor de que la guerra se prolongue, pues hay que tener en cuenta que mientras el factor popular, mediante un grande y vigoroso movimiento de revuelta, no cambie la faz de las cosas, no podrá terminarse la guerra hasta que un grupo de naciones beligerantes se halle en la imposibilidad militar y económica de continuarla.

No pudiendo contar con los manantiales de carne de trabajo ordinariamente explotados, es decir, la Bélgica e Italia, los capitalistas franceses han hecho y hacen llamamientos de obreros españoles, con el fin de poder, a pesar de la guerra, no solamente establecer en grandes proporciones la fabricación de artefactos de guerra, sino que también reorganizar la fabricación industrial destinada a la exportación con objeto de obtener el oro de los países de ultramar en cambio de productos manufacturados.

El mismo hecho resulta del empleo de obreros agrícolas: se reorganiza el cultivo agrario por una mano de obra pobremente retribuída y que consume sobre el terreno la mayor parte de su salario. De este modo, no gastando el oro para comprar los productos agrícolas fuera del país y quedándose aún en los bancos, permite el aprovisionamiento de cañones y municiones de las fábricas norteamericanas.

El objeto, pues, de los anarquistas de las naciones neutrales es, actualmente, el de provocar crisis interiores en el seno de los países en guerra, para acelerar la cesación de las hostilidades.

Y uno de los medios es procurar detener la salida de carne de trabajo exponiendo a los obreros las razones que deben impedirles de convertirse en auxiliares conscientes o inconscientes de los Gobiernos beligerantes.

Además, como hemos dicho en un principio, la permanencia aquí de los obreros conscientes y de espíritu revolucionario es necesaria, hoy más que nunca, ante el peligro de que el pueblo sspañol se vea envuelto en el gran crimen europeo, cuyos autores son el Capitalismo y el Estado.

¡A la carga!

Un viento saludable de renacimiento sopla sobre nuestro campo. Una brisa vivificadora, de sano entusiasmo, orea los corazones y pone sueños de gloria en las mentes y ansias de lucha en los pechos. Sacudiendo la modorra de pasados días vuelve la falange anarquista a prepararse para el combate, a limpiar sus armas para la contienda.

De todas partes vienen noticias alentadoras; de todos los puntos vienen voces de empuje, suenan toques de llamada. ¡Aleluya! ¡Aleluya! Los que siempre estuvieron en la brecha y los que se habían retirado para restañar sus heridas o dar descanso a los miembros fatigados, se congregan frente al enemigo esperando el momento del choque y augurando la victoria...

¡Aleluya! ¡Aleluya!

***

Nunca como ahora fué tan necesaria nuestra acción, la acción anarquista, que derrumba ídolos, ilumina cerebros, forma conciencias y fortifica voluntades; nunca como ahora. Los poderes tenebrosos de la opresión se agrandan fiados en que nos creen muertos; los más despreciables entre sus representantes se adelantan, cínicos, al escenario social, pretendiendo hacer valer como normas de renovación sus dogmas criminales; queriendo hacer pasar como salvadoras sus palabras de mentira, que suenan como una evocación de tiempos obscuros y sangrientos, y toda la fauna asquerosa que se revuelve en el fango del pasado, pretende, con incesante croar, hacernos creer que su triunfo, el triunfo de la podre, está cercano.

«¡Habéis fracasado, habéis fracasado!» —gritan los muy imbéciles—. Y las multitudes humanas, trastornadas con el terror de la hora presente, dudan o blasfeman inconscientes sobre las cosas grandes que nunca comprendieron... Sangre y lágrimas por todas partes; muerte y desolación por doquier. ¡Es la hora que esperaron los buitres con júbilo, no sólo para hartarse, sino también para graznar regocijados!

Y en medio de tanta vergüenza, sobre tanto desastre, volvemos nosotros, ardorosos y valientes, elevando como nuncio de esperanza segura nuestro canto de maldición y de amor, que pone fuego en los nervios y ganas de pelea en los corazones.

***

¡Nunca como ahora! Es preciso dar un golpe formidable al árbol ponzoñoso que empieza a echar retoños; es preciso cortar la mano del verdugo que afila, confiando en la universal locura, el hacha con que desea truncar la cabeza de la libertad; hace falta que irrumpamos de nuevo en el templo y desgarrando los paños emporcados que hoy los sacerdotes remiendan a toda prisa y untándolos con el aceite de las lámparas recién encendidas formemos una hoguera que alumbre como un sol de justicia y de verdad.

¡Ah! Mientras los canallas se pavonean riendo, porque nos juzgan vencidos o desanimados, preparémonos en el silencio, engendrador de los grandes acontecimientos, y fortifiquemos nuestros anhelos con la visión radiante del triunfo vindicador.

Que siga hinchándose en nosotros, como el grisú en las entrañas de la tierra, esta confianza que otra vez vuelve a animarnos. Que nuestras palabras sean siempre, como las de este momento, palabras de aliento... Preparemos el arsenal de nuestros esfuerzos, que corre el tiempo y el enemigo nos considera aplastados, deshechos para siempre.

¡Arriba y a la carga! Nuestra bandera, destrozada en cien combates, tiene brazos vigorosos que la sostendrán intrépida y gloriosa, como otras veces, sobre las recias barricadas. ¡A la carga! ¡A la carga!

JORGE GALLART

¡Prepárate, pueblo!

Pepárate, sí, mujer; preparaos, madres, hermanas y novias a recibir la más sangrienta burla que en la historia de los siglos está aún por revelarse.

Hace tiempo, muy poco, que vosotras, madres españolas, recibisteis el más sangriento ultraje de boca del fementido defensor (¡!) de los proletarios, Alejandro Lerroux, intentando éste llevar a los Dardanelos a cien mil hijos vuestros, para que allí recibieran el ósculo fatídico de la muerte. Con esto demostró una vez más la ruindad de su alma excesivamente perversa, y ansiosa de que se vertiera sangre proletaria a cambio de los millones que le habría abonado el Gobierno inglés.

Hombres, todos, preparaos a recibir el más sangriento de los latigazos.

Sobre nuestras cabezas va cerniéndose lentamente el vaho deletereo que obscurecerá nuestro entendimiento, paralizándose nuestros organismos si persistimos en nuestro quietismo suicida, enervador. Pronto la sorpresa nos despertará del letargo en que nos sumimos y nos veremos abrumados por el peso de la red que, a la sombra cancilleresca, van tegiendo impunemente el Estado, el Capital y la Religión. Sólo poniéndonos en guardia podremos contrarrestar los efectos de esa trama vil.

Amenazadores aires de fronda se vislumbran hacia el horizonte portugués, que pueden traducirse en hechos que mañana lamentaríamos. Aves agoreras de la noche tétrica y de los días sin sol ensordecerán nuestros oídos y nos envolverán en la más desesperada confianza.

Portugal: tú resolución amenaza de muerte al proletariado español, que mira a través de su cielo azul las fatídicas sombras de los que perdieron su vida en los estériles campos de batalla. Portugal: tú eres la elegida, el pretexto para que España salga de su neutralidad y vaya a formar parte en las filas de los combatientes en esa bélica, trágica contienda. Todo hace esperar una sorpresa que se traduzca en movilizar unos millones de hombres... en favor de los aliados o de los teutones; todo depende del mejor postor a nuestro rompimiento neutral... pronto secundarán los planes del Gobierno las tétricas, falsas sirenas políticas y dejarán oir su bélico clamor imitando, mejor dicho, excitando al pueblo a que se manifieste en favor de las naciones a las cuales los distintos partidos políticos quieren ver triunfantes mañana con el apoyo de la sangre humilde vertida estérilmente en el mar de los odios irracionales.

¡Alerta!, pueblo español. Desoye los cantos de sirena y repele la agresión sangrienta infame que contigo quieren perpetrar.

Ya no son lamentos los que deben empujarnos a coartar la acción nefasta, premeditada. Ya no son lágrimas lo que ha de conducirnos a contrarrestar los planes maquiavélicos que en las cancillerías españolas se están fraguando. La tempestad que se avecina sólo puede contrarrestarse con una fuerza superior y ésta reside en la cohesión unidamente extensa e indestructible del proletariado imponiendo con su gesto la no participación en la guerra.

Si no hacemos un bello gesto que tenga la virtualidad de hacer bambolear el edificio arcáico y vetusto del Estado y con él la burguesía y el capitalismo; si permanecemos un momento más en nuestro indeferentismo, es inevitable que España tomará parte en la contienda que asola y ensangrienta el campo europeo, en nombre de una fementida civilización mercantilista y so pretexto de la patria amenazada por una invasión...

Mentira, mentira todo: Convencionalismo ultramontano, sangriento, por conquistar los mercados comerciales e internacionales: monopolio absurdo y criminal de la producción esforzada del proletariado internacional...

Proletarios españoles: Antes que nuestra sangre sirva para rellenar las arcas de caudales de nuestros tiranos, derramémosla en la revuelta, en la calle y ahogando sus aspiraciones bastardas y criminales al grito de ¡abajo la guerra! ¡viva la paz!

¿Pretextos? Les sobran, aunque estos vayan envueltos por el oropel maldito del convencionalismo dorado y por el manto de púrpura con que cubren sus fechorías, sus maquiavelismos absurdos e intolerables.

Sólo a los de arriba, a la insaciable hiena capitalista cuya sangre azul circula en sus venas, es a los que les conviene e interesa que España participe de la guerra, y esto se explica fácilmente si nos atenemos a que no hay razón de que sus hijos vayan a ella a ser pasto de los agoreros cuervos que se embolsan los millones de beneficios que les reportaría la guerra con sus escandalosos agios y robos amparados por un código de comercio; por esto se llama a ésta la guerra mercantilista. Enervador paréntesis interpuesto en la marcha ascendental del progreso humano.

Ya ves, pueblo obrero; mientras tú te revuelcas en la mayor indigencia, el gobierno pretende asesinarte por la espalda.

Ahora bien. En Alemania principalmente y en el resto de las naciones beligerantes y neutrales, el escozón trágico del hambre impele a hombres y mujeres a la rebelión. Estas sublimes intenciones son consecuencia de las represiones y aniquilamientos de los hijos del pueblo que en las trincheras reumáticas esperan el hálito generoso de las multitudes justicieras que corren hacia la destrucción de los Krupp, los Rostchild y demás vapuleadores, y pronto tal vez, si no sabemos proclamar bien alto nuestra protesta contra la guerra y en forma airada, Romanones y demás secuaces, poseídos de esa neurosis guerrera, contemplarán impasibles cómo desfilan los hijos del pueblo hacia la matanza contra aquellos que en nada nos ofendieron y por el mero hecho de haber nacido al borde del Rhin o en la Galia Harbanense.

El período de gestación toca a su fin y se traduce en el descontento y el hambre que padecemos.

Virilmente debemos contestar con un ¡Viva la Paz! ¡Abajo la guerra! que tenga la virtualidad de contrarrestar los planes de este gobierno nefando y centralista.

¡Abajo la guerra! ¡Viva la Paz!

JOSÉ ARRANZ

Por la Justicia

Para que se vea como en esta España de inquisidores se forjan los procesos y cuando no se encuentra o no los hay se pretende fabricar los delincuentes, transcribimos íntegras las cartas que nos han sido enviadas por los presos; cartas que están de acuerdo y, por lo tanto, corroboran las declaraciones por ellos prestadas ante el Consejo de Guerra.

Respetando la forma que los presos les han dado, queremos que llegue hasta nuestros compañeros y lectores el grito de las víctimas tal como ellos lo han sentido:

Declaración de Pablo Fernández «Baldira»

Un guardia de primera, llamado Preciado, la primera vez que me maltrató me dió diez azotes, siendo testigos Gregorio Sagredo y Mariano Ribera.

La segunda vez me propinó doce azotes en presencia de Sebastián Tobalina, Valentín Martínez y Martín Ribera.

La tercera vez me clavaron las esposas. El cabo de Fuenmayor es el que me quería cortar las muñecas. Me las pusieron entre Preciado, el cabo y otro que no sé como se llama.

Se echaron los tres encima; por un lado y por otro me ataban como si yo fuera un madero. Después me pegaron todo lo que quisieron; todavía tengo los señales en las muñecas.

Cuando bajé a la cárcel de Logroño me revisaron los médicos. Me miraron las muñecas y me preguntaron: «¿Qué es esto?» Yo les contesté: «Me han puesto las esposas entre tres hombres». El médico dijo: «¡Caramba lo que han hecho con este hombre! ¡Si está echando sangre como un cordero!»

Según oí, el médico que me cogió las muñecas es el médico forense, el cual, para más j..., que así puede decirse, puso en el parte: «Sin novedad».

Por cuarta vez fué el sargento Pascual, el cual me quería matar, pues me metió en un calabozo en donde no había quien presenciara lo que con nosotros hacían. El cabo de Fuenmayor y otro que no conozco se decían uno al otro: «¡Dale y mátalo! Nos arañamos nosotros y decimos que nos ha pegado él y así con una cuartilla de papel pagamos.» — *Pablo Fernández «Baldira».*

Declaración de Valentín Martínez

Sobre los atropellos cometidos por la guardia civil, el llamado Preciado (Barba negra), en el segundo día de estar detenido entró en el calabozo y preguntó por cuantos allí estábamos y nos abofeteó a mí y a Domingo Cuevas.

Después, al quinto día, retiraron la gente de un calabozo, y un cabo de Fuenmayor, con tres guardias, nos llamaron uno por uno y nos iban tomando declaración, queriendo arrancarme declaraciones de lo que yo no he visto.

Los tres y el cabo estuvieron pegándome hasta que se les cansaron los brazos,